

ARTE DE VATICINAR

*"No es que yo esté loco,
Es que yo sé ver el revés de las cosas,
Multiplicarles el porvenir."*

TRISTAN TZARA

ESTAMOS EN LA CIUDAD

La cabeza del toro colgada de un gancho en la tienda del
(carnicero

poco nos podrá decir de extensas, feraces praderas
o del sol que hiciera crecer los pastos
a la altura de un hombre de buena estatura.

Estamos en la ciudad. Nadie se equivoque.

Las mesas y las sillas ya no recuerdan aquí a los bosques.

Las piedras de río se las pelean los coleccionistas.

El viento huele a veces a motores Diesel, a asfalto

(recalentado.

Los gorriones anidan felices en los transformadores de alta

(tensión.

ANTES DE QUE LAS MANZANAS MADUREN

Todo habría de ser una historia de viejos manzanos que
(desaparecían cada día
y de una ciudad todavía joven que avanzaba peligrosamente
(en todas las direcciones.

Historia edificante,
especial para ser contada a la hora de las sobremesas
o ser dicha desde el púlpito en el sermón de los domingos.

Historia de manzanos
que todavía florecían —blancos— en las primaveras
y que los pájaros carpinteros taladraban en jornadas
(interminables
y de ariscos muchachos que robaban agrias manzanas
para luego abandonarlas a medio mascar a la orilla del
(camino
y de guardianes que vigilaban a paso enérgico la madura-
(ción de las pomas
con escopetas terciadas a la espalda

y los puños hundidos hasta el fondo en los bolsillos de
(las chaquetas.

Aquí no se habla del aroma de las manzanas maduras
porque él llegaba de todas partes
ni de los sapos que se reunían por millares al venir la noche
y acallaban todo otro rumor
y eran engullidos por parsimoniosos pavos
que luego ocupaban su lugar a la diestra misma en la
(cabecera de los banquetes.

Pero sólo diremos de los viejos manzanos
que iban desapareciendo cada día
ante el paso de las hachas de los leñadores
y de una madre que concurría a recoger astillas de
(manzano
con sus pequeños hijos
para hacer fuegos que entibiarían el hogar.

Ah la sabia faena de doblarse en dos
para entresacar astillas de entre las yerbas húmedas.
Ah las tensas inspecciones en busca de ocultas astillas
y los escarabajos importunados en su sueño
y las arañas sorprendidas en sus intimidades
y correteadas a pocos centímetros del suelo.

Y en aquel hogar no habríamos de encontrar a la noche
(rojas manzanas
asándose dentro del horno con una pizca de mantequilla
sino doradas chispas que ascendían hacia el negro cielo
y unos niños que sorteaban los fríos del invierno
arrimados a una fogata.

El resto es una historia de tensos hilos a plomo
y heridos abiertos en la tierra húmeda
y albañiles acarreando materiales en pesadas carretillas.
Historia optimista que a otro cabe contar.

EN MI PUEBLO NATAL, EN EL TIEMPO

En mi pueblo natal, en el tiempo
de las carreras locas a campo traviesa
detrás de mariposas o locomotoras a vapor,
había además otras cosas que hacer.

Había que abrir bien los ojos para confeccionar
un buen inventario de las cosas de ese mundo
Había que preguntarlo todo sin dar ni pedir cuartel.
Había que pasar
frente a las bodegas de granos y forrajes
y volver a pasar
hasta llenarse los pulmones del olor a heno seco
para toda la vida.

DORALISA SE LANZO BAJO EL TREN DE LAS 14

Yo sé que tú eres la misma de hace 20 años, Doralisa,
y que nada ha cambiado para ti, para nosotros,
que habías de eternizar tu juventud y mi niñez
en ese día y esa hora —las 14.

Esparcida sobre lucientes rieles te recuerdo, Doralisa,
derramada entre dedales—de—oro en flor
(Fue en Primavera ¿no es cierto, Doralisa?)
Y qué blanco tu cuerpo, qué blanca, Doralisa,
y tu cabellera negra enrollándose
y desenrollándose al viento entre las yerbas.
Y tu cuerpo, Doralisa,
desperdigado sin orden ni sentido
como si hubieras querido hacer de ti misma un enigma
que nadie pudiera descifrar debidamente.

Ah Doralisa, Doralisa,
eres para mí un recuerdo despedazado
que debo empezar a armar pacientemente
—un ojo junto a otro ojo,

una pierna y la otra juntamente
y tus senos y tus manos y tu cabellera sobre todo
y tus pies desnudos sobre la tierra.
Y yo te armo, Doralisa, compongo tu figura
y me llegas intacta a la memoria.
Y enseguida te desarmo, te deposito en tierra,
te disperso,
porque tú eres un recuerdo que vive en mí, Doralisa,
y que no me pertenece.

BIBLIOTECA NACIONAL
Sección Chilena

VENGAN A MIRAR

Miren la fila del hormiguero
subiendo y bajando por una misma senda.
Miren con qué extraño tesón
suben y bajan
las hormigas hacia el techo,
las hormigas hacia la tierra
todo el día.

Miren cómo pongo mi mano sobre el muro
y corto su camino.

Miren cómo una mano temblorosa
puede llegar a ser una montaña
que habrá que ascender,
luego de un pequeño instante
de inquieta perplejidad.

ESCENA

Un cuarto lleno de trastos viejos: una silla coja, un candelabro oxidado, una mesa cubierta de polvo, un fragmento de espejo.

Acerqué mi rostro a aquel espejo roto
como si algo inimaginable fuera allí a aparecer.
Mas no era yo un Dorian Gray
ni era la faz del espejo su retrato.

VINO BLANCO

Es que he estado bebiendo vino blanco
a dos metros de la Cordillera de Los Andes
y la Cordillera no se estaba quieta
por más empeño que yo hiciera por no moverme.
Y si yo ando un paso hasta su costado
ella se escabulle hacia un lado o hacia otro
o se encoge para destapar la luna.
"La Cordillera rehuía su presencia",
dirán las leyendas.
"El mar en cambio le salía a recibir
varios metros fuera del agua
y algunos codos por sobre su línea de flotación."

PRONOSTICO METEOROLOGICO

Se observa claramente que el próximo verano será en extremo caluroso.

Se nota en las altas temperaturas registradas estos últimos días, pero sobre todo

en la forma de besar de las mujeres.

"A NADIE DARE UNA DROGA MORTAL..."

Aquí estoy solo con mis pócimas, mis escalpelos,
mis uñas rotas, mis salpicaduras.

Aquí con mi intranquila conciencia.

Aquí con mi mundo perturbado.

Aquí, con mi cadáver desnudo sobre el mármol
y el tiempo que aquí debería ser abolido.

Somos los mismos. Los que tuvimos un día
la capacidad de asombrarse.

Cartílagos sólo hay, sólo huesos.

Debo suturar desgarros que yo no produje.

Debo hacer coincidir las piezas de un cráneo.

Soy demasiado humano para vivir en paz.

Pero quién se sonreirá por ti algún día.

Pero quién repetirá después las cosas que tú dijiste.

Pero quién cometerá tus mismos errores.

Pero quién asumirá tu desencanto.

Morirse pero contemplar tu propio funeral.
Pero huir y ser testigo de tu fuga.
Pero perderse y participar en tu propia búsqueda.
Pero se trata de estar aquí y en otras partes.

Pero yo soy un cirujano fiel a su juramento
y seguiré cortando tendones, removiendo las vísceras
sin lograr ver en ellas el futuro
y a nadie daré una droga mortal.

INSECTARIO

Yo me enamoré una vez de una muchacha maravillosa
y los dos preferíamos los vanos de las puertas,
los rincones más oscuros de los cines,
de las plazas públicas.
Huíamos de la luz como los fantasmas que éramos en
(realidad
y esperábamos la noche
y apagábamos todas las luces para hacernos el amor.
Yo gustaba de recorrer todo su cuerpo
centímetro a centímetro
como un escarabajo por las habitaciones en tinieblas.
Y ella tenaz y laboriosa como ninguna
tejía y destejía en silencio su tela sobre mis labios.
Un día nos equivocariamos de grieta
o la luz del día nos ahuyentó en opuestas direcciones
y nos perdimos de vista entre la multitud.

De ese tiempo,
mi sensación de llevar antenas en la frente
y los ojos facetados.

De ese tiempo,
mis pestañas sensibles a la luz del sol
y mi forma de andar
de insecto extraviado entre los hombres.

ESTIHO PARA LA TUMBA DE UN GATO NEGRO

Hacia una madrugada de un día cualquiera

y desde entonces su vida fue un constante desamparo

Si en algún momento de vida que cosa

con ojos amarillos que de haber sido de un gato

había que venir a comer a la casa por las ventanas

por momentos como extrínsecos con sus ojos amarillos

firmemente las ropas y finalmente los zapatos

y después de la vida común de un gato cualquiera

con sus ojos amarillos y sólo en sus ojos amarillos

flotaba siempre hacia a veces en sus ojos amarillos

como especie de punto de punto de las cosas en su mundo

Aunque en realidad no había nada que decir

de que reconocer que los zapatos en el momento de su vida

por momentos el fin al punto en medio

de sus ojos amarillos, los zapatos en su mundo

de sus ojos amarillos, los zapatos en su mundo

de sus ojos amarillos, los zapatos en su mundo

de sus ojos amarillos, los zapatos en su mundo

de sus ojos amarillos, los zapatos en su mundo

EPITAFIO PARA LA TUMBA DE UN GATO NEGRO

Nació una madrugada en un sucio entretecho
y desde entonces su vida fue un constante deambular.
Si su cuerpo esmirriado no valía gran cosa
sus ojos amarillos han de haber sido de oro puro.

Había que verlo asomar la cabeza por las ventanas
para entender cuán extraños eran sus dos ojos amarillos.
Frecuentó las alcobas y frecuentó los tejados
y siempre se le veía caminar lleno de preocupaciones,
sus dos ojos brillantes y atrás su cola inquieta.
¡Cuánta ternura había a veces en sus dos ojos amarillos
cuando aparecía de pronto de las tinieblas en invierno!

Aunque en realidad no había motivos para odiarlo
hay que reconocer que fue siempre un objetivo irresistible
para practicar el tiro al blanco en medio
de sus dos ojos amarillos.

LA PIEZA DEL DIFUNTO

Esta fue alguna vez la pieza del difunto.
Aquí convaleció de su larga enfermedad.
Y aquí murió una tarde en invierno
y su último recuerdo
pudo ser el largo, triste pitazo del ferrocarril
que a lo lejos pasa traqueteando.
Entre estos muros fue velado su cadáver
y de este lugar se lo llevaron al cementerio
sus amigos y sus deudos.

Pero él querría volver a habitar
cerca de estos muros amarillentos,
de estas tablas desclavadas,
de esta ventana rota.
Y desde entonces su presencia
está latente en esta casa.
Sollozos lejanos parecen a veces
introducirse a esta habitación
como si de aquí mismo surgieran.

A veces alguien tose en la calle
y es como si esa tos aquí dentro se produjese.
A veces crujen en las noches las maderas
y los niños se cubren la cabeza con las sábanas
y las viejas se persignan
mientras rezan precipitadamente.

Pero él no es más que el viento
que azota las viejas maderas
o la lluvia sobre el tejado
o el rumor de las ratas
que avanzan en la oscuridad.

||

HISTORIA DE UN HOMBRE QUE PERDIO UN MAL DIA TODA SU DOCUMENTACION

—Identifíquese— le dijo la policía.
Pero él había perdido sus documentos de identidad
y se lo llevaron a la cárcel
bajo la sospecha de haber cometido
todos los crímenes de la ciudad.

—Yo no he hecho nada malo en mi vida—
clamaba aquel hombre, horrorizado de sí mismo.
“Lo has hecho todo en consecuencia” respondíale el
(tribunal.

Y sucedió que vino la mujer de este hombre
y a gritos lo llamó por su nombre de pila.
Y vinieron sus hijos y le pidieron dinero
para helado o bolitas.
Y vino el perro de la casa, triste y flacucho,
y en silencio le besó los zapatos.
Vino en fin un acreedor
y sollozó largo rato en su hombro.

Pero los documentos de identidad no habían de aparecer y el juez cerró el proceso ceremoniosamente. El abogado de turno cerró su cartapacio y se fue a ver una película de espionaje. Y el hombre —como era de esperarlo— fue condenado a (muerte.

Sólo la muerte puede dar algo de corporeidad a un individuo sin cédula de identidad, sin un número que lo señale entre su especie ni una impresión digital que pudiera servir para investigaciones quirománticas acerca de su destino.

“Ayer —se informó posteriormente— ninguna persona o casi nadie fue fusilado al amanecer. Para la ejecución se utilizaron balas de fogueo y no ha habido necesidad de los servicios de un sepulturero, ni de trámites engorrosos.”
“Gracias —dijo el hombre antes de morir— gracias por haberme tomado en cuenta.”

Se deja constancia, por lo demás, de que un ojo le quedó cerrado y de que el otro le quedó abierto.

BUSCAD Y HALLAREIS

Toda la gente que viaja en el ómnibus
se levanta de sus asientos y mira por la ventanilla
en una misma dirección.

Todas las personas que caminan por la calle
dirigen su vista expectante, sobresaltada,
hacia ese mismo lugar.

Y los más bajos se empinan en la punta de los pies
y estiran su cuello como gansos fuera de la charca
o tuercen la cabeza a un lado u otro
para alcanzar a ver.

Desde lo alto de un edificio en construcción
unos obreros detienen su labor
y se quedan estáticos mirando a lo lejos y hacia bajo
al lugar en que se concentran las miradas.

Y nosotros haremos intentos por mirar,
por conocer el objetivo de tanta expectación,
y nada veremos a simple vista.

Y tendremos que avanzar entre la multitud
guiándonos por la dirección de las miradas,
un poco hacia la derecha, un poco hacia la izquierda.
Y habrá que atravesar la ancha avenida, la plaza,
y sólo nos guiaremos por las miradas de los transeúntes.

Un niño ha de yacer de espaldas en el césped
la mirada hacia arriba.

Un borracho ha de orinar afirmado a un árbol,
su mirada en el suelo.

Y tendremos que hacer esfuerzos por no perder el rumbo
y caminar más rápido, cada vez más rápido,
para que el misterio pueda ser develado.

Y es posible que se trate de dos automóviles que se
(rozaron
o de una mujer bonita
o de un muerto cubierto con diarios en la acera.

Pero es más posible, es lo más posible,
que el origen de estas miradas no logre ser conocido,
que tengamos que volver atrás
porque ya pasamos el centro de confluencia de las
(miradas
y los ojos se dirigen ahora a un lugar que ya recorrimos
sin que hayamos observado nada
absolutamente ninguna irregularidad.

CARACOL

Tú eres quien atraviesa en estos instantes la ciudad
con un caracol vivo en el bolsillo de su chaleco.

Y tú, el caracol de jardín
que anduvo diez veces
todo el ámbito oscuro de un bolsillo de chaleco.

Y no hallarás monedas de oro en el bolsillo de ese chaleco,
hallarás, viscoso, un caracol
cruzando a grandes zancadas
y de parte a parte la ciudad.

Detrás de sí irá quedando un reguero de baba
que nadie será capaz de ver o presentir.

PELUQUERIA DE DON ALBERTO

Aún está ahí don Alberto el peluquero
leyendo el diario a la puerta de su negocio.

Como en el día primero de las peluquerías
el sol de la mañana se estará reflejando en su blanco
(delantal
con la misma fosforescencia de las películas mudas.

Don Alberto el peluquero está leyendo las noticias del día
por encima de sus espejuelos.

El sol de la mañana se estará reflejando en su alba
(cabellera.

Los años no han pasado para los potes de la gomina,
para los antiguos frascos de las colonias,
para los sillones que todavía pueden soportar
las sentaderas de otros muchos parroquianos.
Y qué decir de las navajas que han afeitado a toda una
(ciudad,

de los espejos que tanta gente y tanto humo de cigarrillos
se han tragado
y que algún día retornarán al toque de trompetas
a esperar su turno en la peluquería.

Hay presencias humanas
en los asientos vacíos de la peluquería de don Alberto el
(peluquero.

Manos que no se ven han revuelto las viejas revistas.

Visitantes inadvertidos

han dejado colillas de cigarrillos en los ceniceros.

En las noches oscuras pueden oírse tijeras que cortan el
(pelo,

navajas que son asentadas interminablemente,

hisopos que baten con entusiasmo la crema de afeitar

en las noches

en la peluquería de don Alberto el peluquero.

ANIMALITO

Este tímido animalito que ahora atraviesa la calzada
casi mató a su madre durante el parto.

Sin el forceps, ni las vitaminas,
ni las visitas periódicas donde el médico
—sin el batallón de parientes y mucamas—
difícilmente lo estaríamos viendo
al digno ejemplar que ahora atraviesa la calzada.

Cuando las normas así lo recomendaran,
fue aparejado a hembra bien escogida.
Quiero decir que el primer acoplamiento
fue controlado por facultativos
—presión sanguínea, afrodisíacos, diástole y sístole—
y un potente ¡Hurra! tuvo que elevarse
con el primer orgasmo de la pareja.

Este animalito que ahora atraviesa la calzada
camina en dos patas
y lleva en las arrugas de la frente y en la palidez del cuerpo
—en los ojos huidizos y cansados—
las condiciones esenciales para llamarlo
humano.

ASAMBLEA EN LA UNIVERSIDAD

No es la Humanidad entera lo que se ha reunido aquí
en la Sala de Sesiones.

Mas todos los problemas de la Tierra es posible
que tengan su lugar en la Tabla del día de hoy.

Tendrían que ver a los vehementes jóvenes
y a las vehementes muchachas,
que ocupan todas las butacas
y se agolpan en las puertas de acceso
y rodean por todos lados a la Presidencia
sentados en el suelo.

Ah y los oradores que hablan desde la testera
o desde el fondo o de un flanco de la sala
y la chiquilla de lentes a mi lado
que mueve la cabeza en direcciones contrapuestas
como una buena espectadora de tenis de mesa.

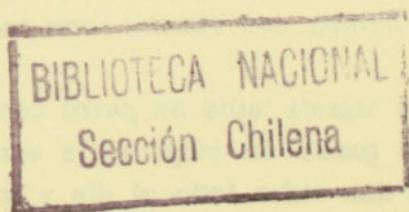
Ah y todos los cigarrillos encendidos
que echan tanto humo como una verdadera usina.

Habrá que destacar que el joven Marx se encuentra
(presente
en un rincón de la sala.

Marx escucha atentamente a los oradores
y hace rápidas anotaciones
y continúa escuchando atentamente.

Tengo que informar además que el joven Cristo
no ha aparecido por acá.
Pero yo s  que hará su entrada unos instantes más
y se unirá al desfile de protesta.

Tenga cuidado con los carros lanza-agua de la policía,
con los gases lacrimógenos,
con los duros bastones de la policía, Cristo.



UNA BOTELLA CON VINAGRE

En esta habitación todo es caos,
incomprensible orden y desorden.
Herrumbre, imperfecciones, decrepitud.
Una rata corre por sobre el piso.
Un avión a chorro atruena en las alturas.
El muro carcomido no termina de derrumbarse.
El pan en la panera se endurece desde anoche.
Un libro cerrado, un libro abierto,
una cuchara sucia, un diario viejo,
una botella vacía, en fin, una botella con vinagre,
una botella con veneno, una botella, una botella.

En la lejanía ladra un perro con furia.
¡Qué ganas de tragarme a ese perro
para que ladre todo el día y toda la noche
y todo el día
por esta boca de cesante!

ARS VATICINANDI

En lugar de bolas de cristal
despuldadas por tanta caricia de magos incompetentes
yo prefiero contemplar las aguas quietas de los estanques.

Hay allí de todo: soles en movimiento
y matapijos que revolotean como helicópteros
y alegres rostros de muchachas mirándose en el agua.
Esto último, con un poco de buena suerte.

PARA QUE SE SEPA QUE ES VERDAD TODO ESTO

Arrastrándonos a duras penas,
agarrándonos de cada arbusto, de cada saliente de la roca,
alcanzaremos al fin de cuentas la cima de la montaña.
Abajo ha de quedar la ciudad testimoniando
el origen y el instante de la ascensión.

Y haremos marcas sobre las rocas desesperadamente:
"Aquí llegamos", "Aquí estuvimos".

Inscribiremos la fecha, la hora, las iniciales de nuestro
(nombre.

Dejaremos banderines, latas vacías.

Daremos gritos en todas direcciones
sólo por escuchar el eco de nuestra voz.

Y entraremos luego en la ciudad como extranjeros
y los niños nos seguirán a la distancia, recelosos,
y los ancianos se alejarán sobresaltados
de nuestra presencia.

PROFECIA

He aquí cuando el astro del día haya recorrido la mitad de
(su camino
como una mancha grotesca (falta de toda simetría)
él ha de doblar de improviso la esquina
con una cacerola rota en la cabeza por sombrero
y el pelo largo y la barba crecida,
vestido con un frac tirillento y embarrado
y un pie calzado con una bota de guardabosque
y el otro pie descalzo,
con un negro paraguas abierto en una mano,
a pesar del sol del verano,
y en la otra un letrero: "Seguidme. Soy el Loco."
Y he aquí el hombre ha de venir
gesticulando, blasfemando,
diciendo todo lo que habremos querido siempre decir a
(gritos
y que nunca habremos siquiera musitado,
haciendo lo que jamás nos habremos atrevido a cometer
(y además en días hábiles y a horas de oficina).
Y he aquí poseídos de extraña furia
hemos de abandonar las máquinas calculadoras,
habremos de lanzar los libros de contabilidad a la basura
y los códigos a las cloacas
y defecaremos, vomitaremos, sobre las escrituras de
(compraventa.

Y yo os digo que despedazando calendarios
y relojes y documentos descontables
y certificados de matrimonios bien constituidos,
hemos de salir a la calle con los brazos abiertos
a recibir llenos de júbilo la llegada del Esperado.

Y con él hemos de irnos a las montañas, a cualquier parte.
Y todo aquel que se oponga a nuestra marcha
será pasado a cuchillo sin misericordia.

Y he aquí la ciudad ha de quedar
treinta años desocupada, olvidada, desierta.
Empero en todos nuestros corazones reinará el regocijo.

He aquí que está escrito —yo os lo digo—
que todos nos regocijaremos grandemente.

ORDEN DEL LIBRO

ARTE DE VATICINAR

I

Estamos en la Ciudad	13
Antes de que las manzanas maduren	14
En mi pueblo natal, en el tiempo	17
Doralisa se lanzó bajo el tren de las 14	18
Vengan a mirar	20
Escena	21
Vino blanco	22
Pronóstico meteorológico	23
"A nadie daré una droga mortal ..."	24
Insectario	26
Epitafio para la tumba de un gato negro	28
La pieza del difunto	29

II

Historia de un hombre que perdió un mal día toda su documentación	33
Buscad y hallaréis	35
Caracol	37
Un soldado	38
Peluquería de don Alberto	39
Animalito	41
Asamblea en la Universidad	42
Una botella con vinagre	44
Ars vaticinandi	45
Para que se sepa que es verdad todo esto	46
Profecía	49

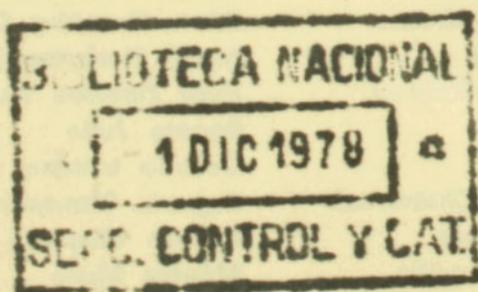
LISTA DE HONOR

SUSCRIPTORES A ESTA EDICION

- | | |
|------------------------------|---------------------------------------|
| Lucho Abarca | Sergio Aguirre Vera |
| A. Ale A. | Chiclayo Alvarado |
| Silvia Alvarez Verdugo | Roberto Anticevic |
| Jaime Araneda Pacheco | Patricio Ascuí |
| José Astudillo | Antonio Avaria |
| 6° Año B, Esc. Básica N° 175 | Miguel Becerra Madariaga |
| Stgo. | Rina Campos López |
| Alfonso Calderón | Amelia Carvajal Briones |
| Julia Cárcamo Miranda | Centro de Alumnos de Pedagogía U. Ch. |
| David Catilao Riveros | Ana Cisternas Cárdenas |
| Ana María Cerda Cristi | José Cuevas |
| Ramón Cordero | Fresia Esparza Carrasco |
| Rosario Cristi Alvarez | Guillermo Gaete Macaya |
| Vania Escobar | Francisco García Martínez |
| Enrique Escobar | Manolo Garrido Valenzuela |
| Luis Espinoza Pérez | Jaime González Contreras |
| José Venerando García | Ingrid Herbstaedt |
| Humberto Gatica | Ruth Jiménez Aburto |
| Pablo Guzmán Márquez | Renato Julio |
| Rafael Hurtado | Octavio Lomboy Young |
| Manuel Jofré | Eugenia Manosalva Urbina |
| Tomás Lefever Chatterton | Ramiro Mayorga Santana |
| Horacio Maldonado | Mónica Meza |
| Luis Alberto Mansilla | Hugo Miranda Casanova |
| Jorge Meneses Cerda | Julio Miranda Larenas |
| Edgardo Miranda Casanova | Enrique Moraga Gómez |
| Jaime Miranda Larenas | |

Carlos Montero Nieto
Eugenio Morales
Cándido Moure Rodríguez
Fresia de Moure
Agustín Muñoz
Julio Muñoz López
Pablo Ojeda Valenzuela
Winston Orrillo (Lima)
Vicente Parrinl
Emilio Peralta Beher
Ana María Pino
Silvia Pohle Maulén
Rodrigo de los Reyes Verdugo
Miguel Rivas
Carlos Rojas Gontier
Eduardo Sáez
Matilde Sandoval Peña
Enrique Sepúlveda R.
César Eugenio Soto
Anselmo Sule
Berta Valiente
Manuel Vargas Ureta
Susana Verdugo Meneses
Dr. Diego Whittaker

María Angélica Moscoso
Edmundo Moure R.
Luis Zurita R.
Mario Moure R.
Patricio Muñoz
Roberta Núñez Fernández
Ramón Oliva Gallegos
Leonardo Parrini
David Peralta Beher
Percival Phillips
Sergio Pinto Villalobos
Alejandro Ramírez Ramírez
Miguel Ríos Urzúa
Mario Rodríguez
Rolando Rojo Redolés
Alexia Salinas Bahamondes
Carlos Sierra Ferrada
Jorge Soza Egaña
Carlos Valenzuela Adasme
Ramona Vallejos
Ana Vásquez Rodríguez
Elizabeth Vergara Espinoza
Juan Walker Aguilar
Guillermo Yáñez



Terminóse de imprimir el día 9 de diciembre
de 1970 en la Imprenta "Neupert", San
Francisco 359, en Santiago de Chile.

Esta tirada consta de 1.000 ejem-
plares, de los cuales 200 van
numerados del 1 al 200
y autografiados por
el Autor.